EL ALMA DE STALIN

*Jesús Silva-Herzog Márquez**

El ayer es una pregunta. Lo que ha pasado es tan incierto como lo que no ha sucedido. La memoria, dice Paz, es un jardín de dudas, un camino de ecos, un espejo lodoso. Recordar es atender murmullos, sombras de pensamiento, rumores, fantasías y tachaduras.

El tiempo no cesa de fluir,
el tiempo
no cesa de inventar,
el tiempo
no cesa de borrar sus invenciones,
no cesa
el manar de las apariciones.

En la cesta del pasado, Octavio Paz busca la higuera de su infancia, la constitución de su país, el sentido del arte, el paso de las civilizaciones, la niñez de su amada, las variaciones de la poesía. La búsqueda de sí mismo y de los otros como una expe-

dición por el tiempo. La memoria es la linterna que permite rastrear la tradición de la crítica o atrapar a los alacranes de la familia. Dije memoria y no Historia porque en Paz parece desdoblarse el recuerdo en dos fórmulas enemigas. La memoria es pasado vivificado en imágenes; la Historia es pasado concluso. Como dos formas de remembranza; la memoria y la historia combaten: la poética contra la política del pasado. Si la Historia nos condena, la memoria nos salva.

*

Todos los ensayos de Paz están empapados de memoria. En cada uno de ellos hay una reflexión sobre el origen y la transformación que observa: un cuadro, un poema, un imperio. Más que en sus ensayos, la imagen del demonio de la historia se dibuja con fuerza en su poesía, sobre todo en su poesía de madurez. Partamos de su distancia en relación con Joyce: La historia no es una pe-

* Departamento Académico de Derecho, ITAM.

sadilla.¹ No lo es porque no encuentra el consuelo del despertar. No podemos desprendernos de la historia pellizcándonos el brazo; existimos en ella y gracias a ella. Pero la historia puede ser, si no un sueño macabro, sí una horca de fierro. En eso se convierte cuando el curso del tiempo es detenido en los pozos de la ideología. Por eso Paz escribe en “Aunque es de noche”: “Alma no tuvo Stalin: tuvo historia.” Quien cree haber descifrado los secretos del pasado se adhiere pronto a la causa de la tiranía. La historia, dice unas líneas después en el mismo poema, es ‘discurso en un cuchillo congelado’.

Su gran amigo, el poeta inglés Charles Tomlinson, escribió un poema que adopta la misma imagen: Stalin y sus sicarios, empuñando el piolet de la historia. Se trata de versos que tienen precisamente un epígrafe de Paz y que el propio poeta mexicano ha traducido y comentado en un breve ensayo.²

¹ Eso decía al recibir el premio Tocqueville, en 1989. Cuarenta años antes, en *El laberinto de la soledad* decía justamente lo contrario: “La historia tiene la realidad atroz de una pesadilla; la grandeza del hombre consiste en hacer obras hermosas y durables con la sustancia real de esa pesadilla. O dicho de otro modo, transfigurar la pesadilla en visión, liberarnos, así sea por un instante, de la realidad disforme por medio de la creación.” (114)

² “El asesino y la eternidad”, en OC IX, 104.

Yo golpeo. Yo soy el futuro y mi arma,
al caer, lo convierte en *ahora*. Si el relámpago se helase,
quedaría suspendido como este cuarto
en la cresta de la ola del instante...
y como si la ola jamás pudiese caer.

Soy el futuro; mi puñal instala el porvenir en el mundo. La historia se vuelve para el tirano un perfecto sustituto de la conciencia. Ahí desembocan todas las teorías que sostienen la inevitabilidad histórica: en la eliminación de la responsabilidad individual. La operación intelectual la describió Isaiah Berlin: si la historia ha sido convertida en lógica, la única sensatez consiste en adherirse a la razón victoriosa. Quienes estén de ese lado serán sabios; quienes se coloquen en frente serán los retrógrados que deben ser eliminados. Por eso decía el historiador de las ideas que, cuando se adopta la mecánica de la necesidad histórica, el juicio moral es un absurdo. Atila, Robespierre, Hitler, Stalin son terremotos: fuerzas naturales que tenían que irrumpir en la historia. Censurar sus crímenes es tanto como sermonear a las lechugas.³

³ Isaiah Berlin, “La inevitabilidad histórica”, en *Cuatro Ensayos sobre la libertad*, 1988, Madrid, Alianza Universidad.

Esta forma de capturar el pasado es la “trampa mortal en que cae fatalmente el fanático que cree poseer el secreto de la historia”. El crimen adquiere entonces dignidad filosófica: el exterminio de una categoría de hombres es un deber de quienes han aprendido las lecciones del tiempo. El pasado se vuelve un manual de exterminio, un precedente del campo de concentración. Popper llamó historicismo a todo esto: el libreto revelado de la historia que convierte a muchos hombres en material de desecho.

Al propio Paz lo embriagó el alcohol de la historia:
El bien, quisimos el bien:
Enderezar el mundo.
No nos faltó entereza:
Nos faltó humildad.
Lo que quisimos no lo quisimos con inocencia.
Preceptos y conceptos,
soberbia de teólogos:
golpear con la cruz,
fundar con sangre,
levantar la casa con ladrillos de crimen,
decretar la comunión obligatoria.
Algunos
se convirtieron en secretarios de los secretarios del
Secretario General del Infierno.
La rabia
se volvió filósofa,
su baba ha cubierto el planeta.
La razón descendió a la tierra,

tomó la forma del patíbulo
—y la adoran millones.

*

Podría decirse que, junto con la preocupación por el lenguaje, la poesía de Paz está marcada por una preocupación a propósito de la historia. La inquietud estuvo presente siempre, pero se intensificó en la madurez del poeta. La historia y con ella la política penetran la poesía de un hombre de ciudad, de un escritor que siempre quiso conversar con sus semejantes: “he escrito sobre la historia y la historia en nuestro siglo asume la forma de la política. El ‘destino’ de los antiguos tiene la máscara de la política en el siglo XX”.⁴ Y la política del siglo XX es el cuento de un fracaso: Hitler, Stalin, Franco; dos guerras mundiales, totalitarismos, imperios, terrorismo, bombas, dictaduras, genocidios. El recuento retrata la historia como un sinsentido, una locura, un vacío: “Ser tiempo es la condena. Nuestra pena es la historia.”

Todo lo que pensamos se deshace,
en los Campos encarna la utopía,
la historia es espiral sin desenlace.

Y, sin embargo, en la historia
que es demencia, crimen, absurdo,

⁴ *Conversar es humano*, entrevista con Enrico Mario Santí, en OC XV, p. 545.

está también la esperanza. Los contrarios, una vez más, se besan. Así la historia aparece, ya no como coartada, sino como iluminación. Más que historia, memoria. Si la política de la historia pretende arrojar el pasado al territorio de la naturaleza, la poética de la memoria baña el pasado en las aguas de la imaginación. Ahí se revelan las relaciones ocultas entre las cosas. El historiador, dice Paz, ha de tener algo de científico y mucho de poeta. El hombre de ciencia va a la caza de leyes, de reglas que expliquen la reiteración. El poeta, por el contrario, se vuelca en lo único, en lo irrepetible. Por ello el oficio del historiador está entre un mundo y otro. Estudia lo irrepetible, buscando la sábana que lo envuelve.

El historiador no descubre, no inventa; rehace el pasado. Bucear el pasado es otra manera de ejercer la crítica. No se trata de acercarse a nuestra historia para comprendernos, sino de aproximarnos al pasado para liberarnos. En la crítica de la historia se despliegan las posibilidades de la libertad. Esa fue la tarea de Paz cuando reconstruyó el pasado de México, ese país asfixiante que lo fascinó siempre. Buscar detrás de los hechos, ver detrás de los muros, detrás del gesto y sus máscaras. El poeta busca los símbolos con los que el tiempo y el espacio nos guían el ojo. “La historia de México —escribe

en su ensayo sobre Sor Juana— es una historia a imagen y semejanza de su geografía: abrupta, anfractuosa. Cada período histórico es como una meseta encerrada entre altas montañas y separada de las otras por precipicios y despeñaderos.”⁵ Entre un siglo y otro está el abismo; una barranca entre una década y otra. La conquista se empeña en enterrar el mundo precolombino; la independencia y, sobre todo, el proyecto liberal triunfante pretenden romper con el universo católico de la Nueva España. Dos negaciones frustradas. A pesar de la quema de los ídolos y la destrucción de los códices, el mundo indio sobrevivió —relativamente. A pesar de las nuevas reglas y constituciones, el mundo novohispano sobrevivió. Las negaciones son infructuosas.

El universo es un baúl de símbolos que la imaginación ha de exhumar. Cuando, en el *Laberinto de la soledad*, Paz pretende reconstruir el sentido de la conquista cierra los ojos e imagina. No acude, como historiador de disciplina, al polvo de los documentos ni a la tinta seca de las cartas. Rompiendo todas las reglas de la historiografía, el poeta se coloca en el universo de Moctezuma e imagina su drama.

⁵ Octavio Paz, *Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe*, 1982, México, FCE, p. 24.

¿Por qué cede Moctezuma? ¿Por qué se siente extrañamente fascinado por los españoles y experimenta ante ellos un vértigo que no es exagerado llamar sagrado: el vértigo lúcido del suicida ante el abismo? Los dioses lo han abandonado. La gran traición con que comienza la historia de México no es la de los tlaxcaltecas, ni la de Moctezuma y su grupo, sino la de los dioses. Ningún otro pueblo se ha sentido tan totalmente desamparado como se sintió la nación azteca ante los avisos, profecías y signos que anunciaron su caída.⁶

El párrafo indignará a los historiadores de diploma. No hay asomo de prueba o documento que sostenga las afirmaciones de Paz. El poeta no pretende apresar la realidad histórica; busca evocar su imagen. Para entender el sentido de la imagen histórica hay que acudir a los escritos de Paz sobre la poesía. En primer término, las imágenes históricas de Paz expresan *su* experiencia de la historia: son auténticas. Para decirlo con dos títulos de un mismo poema, el *pasado en claro es tiempo adentro*.⁷ En segundo lugar, estas imágenes encuentran una lógica en sí

mismas: tienen la verdad de su propia existencia: la imagen “vale sólo dentro de su propio universo”. Por último, la imagen también habla del mundo y tiene un fundamento objetivo. La imagen poética de la historia es una forma legítima y poderosa de capturar la realidad. No es narración detallada de eventos, escenarios y desenlaces; es la presencia instantánea y total de un tiempo ido. Momentos comprimidos. La imagen tampoco se pierde en explicaciones. La reconstrucción de la historia no es nunca calca del pasado; es algo muy distinto: su recreación.⁸

La poesía convierte el pasado en presencia. Ésa es una de sus funciones como memoria de los pueblos. “La poesía exorciza el pasado; así vuelve habitable el presente.” Cuando la historia es alumbrada por la poesía, todos los tiempos están en este ahora. “El poema es la casa de la presencia. Tejido de palabras hechas de aire, el poema es infinitamente frágil y, no obstante, infinitamente resistente. Es un perpetuo desafío a la pesantez de la historia.”⁹ Contra el plomo de la historia, el aire de la memoria.

⁶ *El laberinto de la soledad*, en OC VIII, 107.

⁷ Como cuenta Paz en sus cartas a Gimferrer, el primer título de *Pasado en claro* era precisamente *Tiempo adentro*.

⁸ Aquí sigo el capítulo sobre la imagen de *El arco y la lira*, en OC I.

⁹ OC I, p. 27.